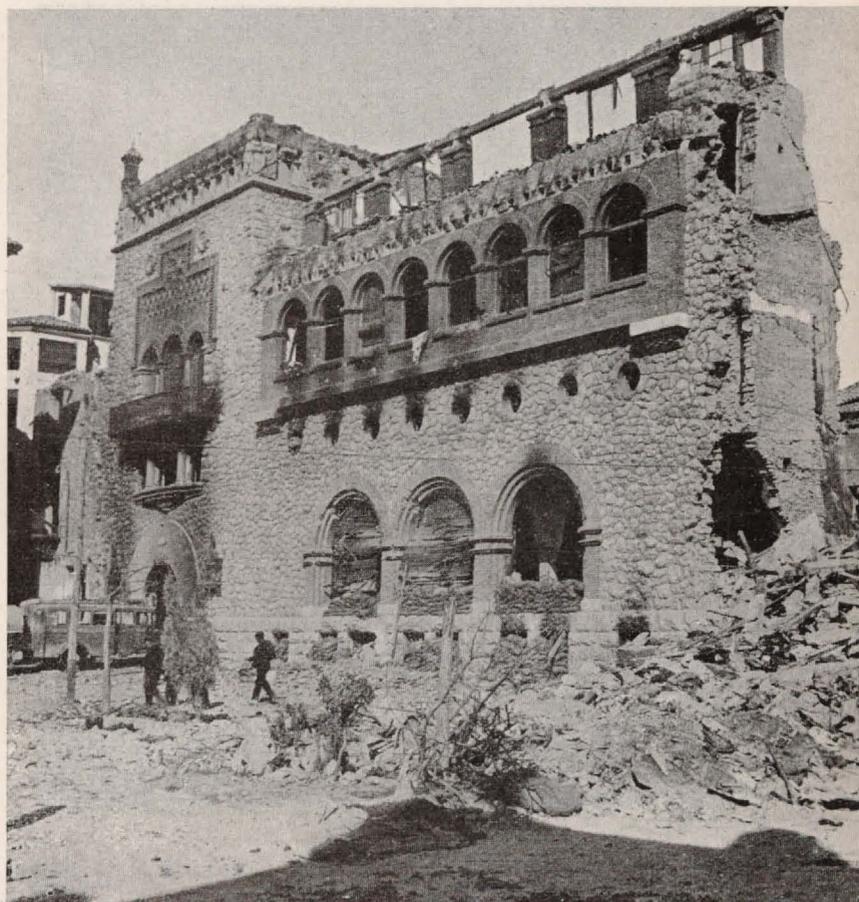


solo de aquellos oficiales, niños y hombres, guerreros, estudiantes y veteranos de otras guerras, hubiéranse atrevido a disparar contra la azulejería policroma de las torres esbeltas.

La visión del Seminario, último reducto nacional, era ciertamente espantosa. Tres paredones de un solo cuerpo restaban en aquella confusión, sobre la que se esparcía un hedor insufrible de cadáveres. Apoyado en uno de los muros intactos quedaba, como un desafío a la impiedad y saña del contrario, el grupo escultórico del altar mayor, teñido en amarillo dorado y con profusión de formas y adornos de un estilo barroco dieciochesco y pobre. Muy cerca del Seminario se extendían las trincheras marxistas. El fuego entre los asaltantes y los sitiados se hacía a una distancia no superior a los 15 metros. Más allá, y delante de la cárcel, primer escalón de nuestra defensa que cayera en poder del enemigo, estaba la puerta de Andaquilla, lugar simbólico que va



*Casino de Teruel, que fué hospita
(Fotos Marqués Santa María del Villar)*



unido a los nombres de Diego e Isabel, en la leyenda que cantan los romances viejos y nuevos.

La Catedral, con sus joyas robadas; la Iglesia del Salvador, en la que, escondido, hallamos el Cristo de las dos Manos, ante el que tantas veces se postraron los padres de aquellos mismos que hoy empuñaban sus armas contra el puñado de sus paisanos leales a España y a Dios; la Iglesia de San Pedro, que fué cuartel de la roja milicianada, con el suelo lleno de colchonetas, petates, ropas —masculinas y femeninas—, nos hablaban con un mudo lenguaje de orgías repugnantes, que profanaron con blasfemias inútiles y torpes la santidad del lugar.

Ansiedad: Las momias de Diego e Isabel, conservadas durante siglos en el camarín de la Iglesia de San Pedro, habían desaparecido. Recordamos ahora cierta información irrespetuosa y grotesca aparecida en un diario va-